

Filipenses 2:1-4

Sermón Filipenses 2:1-4 Año Nuevo, Comas, Pentecostés 19.
Ezequiel 18:1-4, 25-32; Mateo 21:28-32

“Por tanto, si hay algún consuelo en Cristo, si algún estímulo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás.” (Filipenses 2.1–4)

Pablo ha tenido una relación especialmente íntima con la congregación en Filipos. A través de su largo ministerio, una y otra vez había comunicación, y también ofrendas, que enviaban a él en sus viajes. Recientemente habían enviado otro donativo para Pablo que en ese momento estaba encarcelado en Roma, esperando una decisión en el tribunal del César. Así que, esta congregación tenía un lugar importante en el corazón de Pablo.

Pero también sabía que había peligros que enfrentaban a la congregación. Algunos de esos peligros vendrían de afuera. Antes de nuestro texto había dicho: “Solamente os ruego que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que, sea que vaya a veros o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio y sin dejaros intimidar por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, pero para vosotros de salvación; y esto procede de Dios. A vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él, teniendo el mismo conflicto que habéis visto en mí y ahora oís que hay en mí.” (Filipenses 1.27–30).

Pero Pablo también sabe que uno de los mayores peligros que enfrenta una congregación cristiana viene de adentro, de actitudes equivocadas que los miembros de la congregación adoptan unos a otros. En nuestro texto Pablo revela cuál es ese peligro, y nos motiva a vencer ese peligro para ser la congregación que Dios quiere que seamos. Meditemos en el tema: Unidad y humildad, las grandes necesidades para una congregación cristiana.

Pablo comienza con un poderoso recuerdo de la gran motivación que tenemos para vivir como verdaderos hermanos en la congregación cristiana. Nos recuerda **la firme base que tenemos en nuestra común experiencia de la gracia de Dios**. En el primer versículo de nuestro texto hay cuatro frases que comienzan con la palabra si. No es que está poniendo en duda estas cosas. Más bien, por la forma de expresión en el griego, está presuponiendo que todas estas cosas son la realidad para los miembros de la congregación. Lo que Pablo hace con esto es invitar a los miembros de la iglesia en Filipos a reflexionar en lo que Dios ha hecho para ellos. A nosotros nos invita a hacer lo mismo.

Dice: “si hay algún consuelo en Cristo, si algún estímulo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia”. “Si hay algún consuelo en Cristo”. Pensemos. Sin él estábamos eternamente condenados a causa de nuestro pecado. Nos esperaba una eternidad en el tormento del infierno. Sin embargo, ahora hemos conocido a aquel que dio su vida por nosotros, que pagó por todos nuestros pecados en la cruz, que resucitó triunfante sobre la muerte y el sepulcro. Todo esto lo hizo como nuestro sustituto. Y ahora, como resultado de su obra, nos llama: “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Rom. 8:1). ¿Hay consuelo para nosotros en Cristo? ¡Seguramente! “Si algún estímulo de amor”, continúa. Lo que Pablo va a buscar es que los cristianos amen unos a otros. ¿Por qué debemos hacerlo? ¡Porque hemos recibido el amor! Un amor que no hemos merecido. A pesar de nuestra rebelión y pecado, Cristo nos amó y se entregó por todos nosotros. Sacrificó su vida en la cruz para nuestra salvación. Sólo porque nos amó. ¿Cómo no amaremos a nuestros hermanos, a quienes Cristo amó tanto como a nosotros? “Si alguna comunión del Espíritu”. Estábamos muertos en delitos y pecados. Como dice Lutero en el Catecismo: “Creo que ni por mi propia razón ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, y allegarme a él, sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, y me ha santificado y guardado mediante la verdadera fe”. El mismo hecho de que somos cristianos y tenemos el perdón de los pecados y la salvación se debe a la obra poderosa del Espíritu Santo en nosotros. Cuando creemos en Cristo, participamos también del Espíritu de Cristo. Y esto es algo que no es el caso conmigo solamente, sino con

todos los que son mis hermanos en Cristo Jesús por medio de la fe, todos los que juntamente conmigo forman la congregación cristiana. “Si algún afecto entrañable, si alguna misericordia”. ¿No es esto precisamente lo que hemos experimentado con Cristo? Lo que dice de él cuando vio la ciudad de Jerusalén, “Cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró por ella”, se puede decir también de Cristo mirando nuestra propia condición de condenados, de modo que determinó hacer todo para salvarnos. A pesar del gran sufrimiento que le iba a causar a él obrar nuestra salvación, como dice Isaías: “Di mi cuerpo a los heridores y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no aparté mi rostro de injurias y de esputos. Porque Jehová, el Señor, me ayuda, no me avergoncé; por eso he puesto mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado” (Isaías 50.6–7). Aun los niños reconocen que han recibido el afecto entrañable y la misericordia de Dios en Cristo, cuando cantan: “Cristo me ama, bien lo sé”.

Pero ¿cuál será el impacto en nosotros cuando consideramos y meditamos en todo esto que Cristo y toda la Santa Trinidad ha hecho por nosotros? Pablo dice lo que él espera que resulte: **Que haya una actitud unida de nuestra parte.** “Completad mi gozo, sintiendo lo mismo”, dice Pablo. Dice que debemos sentir lo mismo. ¿Qué quiere decir? Un comentarista dice: “Pablo apela a los filipenses a completar su gozo *sintiendo lo mismo*. Con esta exhortación está dando voz al deseo desde el corazón de un verdadero amigo comprometido. No es un apóstol distanciado, a quien no le afectan las dolorosas divisiones en la iglesia. La falta de unidad entre sus amigos disminuye su gozo. La unidad de sus amigos unos con otros completará su gozo”.¹

Luego explica la unidad que está buscando. Quiere que estén unidos en tener la misma meta, la misma actitud. Es algo que fluirá del amor, “teniendo el mismo amor”. El amor buscará reflejar el amor de Jesús en las relaciones unos con otros en la congregación. El amor busca el bien del otro; se expresa, como el amor de Cristo, no preguntando tanto si la otra persona siempre ha merecido ese amor, sino siempre preguntando cómo puedo ayudar y servir a la otra persona. El mismo comentarista

¹ Hansen, G. W. (2009). *The Letter to the Philippians*. The Pillar New Testament commentary (111). Grand Rapids, MI; Nottingham, England: William B. Eerdmans Publishing Company.

que citamos hace un momento dice: “El trabajo de la comunidad es el amor que Cristo manifestó *tomando la forma de un siervo* (2:7). Sólo un compromiso de parte de todos a amar como Cristo ama restaurará la unidad a la comunidad dividida”.²

Continúa con su tema. “Unánimes”, dice. Lo que quiere decir es, unidos del alma, con las almas en armonía unos con otros. Y repite el tema: “sintiendo una misma cosa”.

¿Por qué necesita Pablo enfatizar esto con tanta fuerza, y con tanta repetición? Porque siempre hay **una amenaza seria para combatir**. El amor y la unidad sólo pueden prevalecer en donde las personas toman una actitud como Cristo hacia sí mismos y hacia otros. ¿Cuál es la amenaza que Pablo identifica? “Nada hagáis por rivalidad o por vanidad”.

Lo seguro es que, si permitimos a nuestra carne pecaminosa dominar, estaremos llenos del egoísmo, de la constante pregunta: “¿Y qué hay de beneficio para mí en eso?” Y si continuamente nos ponemos a nosotros mismos en primer lugar y buscamos sólo lo nuestro, entonces cualquier bien que viene a otro lo veremos con mal ojo. Los celos y la rivalidad serán del orden del día.

Y si constantemente magnificamos nuestra propia importancia y menospreciamos la importancia y el beneficio de nuestros hermanos, la vanidad, lo que Pablo realmente llama vanagloria, predominará. En ese tipo de ambiente, donde cada uno busca sólo su propio beneficio y su propia reputación y gloria, en vez de un equipo unido que en común busca glorificar a Cristo, se estará jalando en tantas direcciones como hay personas y la congregación sólo estará dividida en gran número de grupos de interés. La congregación en Filipos ilustra el peligro. Más tarde Pablo tiene que rogar a un miembro de la congregación a intervenir para tratar de reconciliar a Evodia y Síntique, dos mujeres que habían trabajado junto con Pablo, pero que ahora estaban peleadas.

¿Cómo se puede vencer estas tendencias que siempre se presentan como una amenaza a la congregación cristiana? **Mirando y meditando en el ejemplo de Jesús**. Pablo dice: “Antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”. Nuestra tendencia natural es mirar

² Ibid. p. 112.

sólo los defectos de otros, a la vez que miramos sólo las cualidades buenas en nosotros mismos. Y es la única forma en que podemos buscar nuestra propia gloria. Pero Pablo recomienda exactamente lo opuesto: reflexionar en nuestras propias debilidades y defectos como Dios los ve, y concentrarnos en lo bueno que está en nuestros hermanos, los frutos del Espíritu que están presentes en sus vidas. Eso producirá más bien una actitud de humildad, de considerar al otro mejor que uno mismo.

Sigue diciendo: “No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás”. Sería más preciso traducir: No busquéis sólo vuestro propio provecho, sino también el de los demás. No está prohibiendo tajantemente que busquemos algo que realmente nos sería provechoso dentro de la voluntad de Dios, sino que también debe haber consideración del bien y el beneficio de los hermanos. Otra vez, el problema es ponernos a nosotros mismos en el lugar número uno, y olvidar el deber de amor que debemos a nuestros hermanos.

¿Y cómo podemos evitar esa amenaza y hallar el remedio? Cuando Pablo sigue después de nuestro texto, nos dirige la atención a la actitud y el ejemplo de Jesucristo mismo. “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2.5). ¿Y cuál fue ese sentir? Si había alguien que tendría derecho realmente a glorificarse, sería Jesús. Él mismo era Dios desde la eternidad. Sin embargo, nos dice Pablo que “Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres” (Filipenses 2.6–7). No consideró su propia gloria; no se preocupó sólo por él mismo. Más bien, en su amor para con nosotros los pecadores perdidos, “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2.8). Allí está el más grande ejemplo de humildad en la historia del mundo, una humildad que trajo como su fruto nuestra salvación. Sin embargo, no perdió nada con esa humildad. Al contrario: “Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2.9). Después de la humillación, la exaltación. Y nosotros realmente no perderemos tampoco cuando humildemente sirvamos a los hermanos, considerando a ellos superiores a nosotros mismos. Toda la Escritura da testimonio de Dios de que él es el que “hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento

de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes” (Lucas 1.51–52). “Jehová exalta a los humildes y humilla a los impíos hasta la tierra” (Salmo 147.6). Después de nuestra vida de humilde servicio aquí en la tierra, podemos por la gracia de Dios anticipar el día en que seremos glorificados junto con aquel que se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz, para nosotros. Amén.